

SOBRE CÓMO CONVERTIRSE EN UN DOCENTE MEDIOCRE

Antes de comenzar con mi narración quiero pedir disculpas por lo que voy a decir: considero que este tipo de actividades son odiosas e intentan cuadrar las vivencias dentro de un esquema pseudo-positivista (consecuencia de las exigencias de métodos que se le hace a las ciencias humanas). Pero en el fondo creo que es una molestia conmigo mismo porque me hace recordar una promesa que le hice a Camilo y que no he llevado a cabo.

Bueno pues. Empecemos. Creo que las primeras profesoras que marcaron mi vida las conocí en la secundaria. La profesora Betty Bermúdez me enseñó física y matemáticas y descubrió mi potencial en esa área; ella me enseñó el amor por el universo y todos los misterios que oculta. Gracias a ella también entre en el campo de la ciencia ficción y comencé a estudiar la tecnología en electrónica.

Luego me encontré con la profesora de química, Olga Martínez, una gordita muy simpática y bastante exigente. Me acuerdo que jamás perdí un examen con ella, pero lo interesante es que yo odiaba, y aún odio, profundamente la química, me parece una de las áreas del conocimiento más aburridas del mundo. Aunque hoy en día es uno de los trabajos que más da plata; o si no, pregúntele a las farmacéuticas. Ella me enseñó que los profesores pueden ser unas completas “caspas” y que a pesar de ello los alumnos las pueden querer¹.

Y en undécimo grado me encontré con una de las peores profesoras que tuve en mi vida. La profesora Janeth Vargas; ella era la directora de mi curso y por culpa de esta maldita, no tuvimos el paseo de despedida con mis amigos; ella se negó a hacerlo porque una parte del grupo quería ir a San Andrés y otra parte a Cartagena, los grupos acordamos que cada uno iría a donde quisiera. Pero la desgraciada se opuso a esta idea y no nos dejó ir a ninguno de los dos lugares porque no habíamos pensado como un grupo. Además de este inconveniente, la susodicha profesora no enseñaba nada en clase; siempre traía sus problemas maritales y familiares a nuestras aulas y se quejaba porque no podía tener hijos. Luego nos enteramos que uno de nuestros compañeros tuvo una relación de dos años con ella (mi amigo tenía 15 años y ella tenía 40, y no era muy atractiva que digamos). ¡Y aparte de eso era mi profesora de inglés! Por eso cuando llegué a la universidad solo sabía el verbo *to be* en presente simple.

Paralelamente a mis estudios de secundaria, comencé a formarme como catequista y durante esta formación me encontré con dos de las personas que han marcado mi vida². La primera fue la hermana Mariela, ella odiaba que le dijeran hermana pues sentía que esos títulos ponían obstáculos en su relación con las personas. Ella me decía que a veces adoptamos roles sociales solamente con enunciar una palabra. Si yo digo que soy cura o monja, inmediatamente mi interlocutor asume una postura de restricción de ciertos comportamientos o de provocación. A ella le gustaba pasar desapercibida y meterse en las manifestaciones o en las grandes aglomeraciones y mirar la realidad desde allí. Esta monjita es bastante revolucha. Ella fue mi Maestra durante mi formación y cuando yo le hacía preguntas polémicas, ella contestaba sin dubitaciones. Por ejemplo, un día yo le pregunté, hace 15 años, si estaba de acuerdo con el matrimonio de personas del mismo sexo y que si

¹ Mirar video de Freddy Beltrán sobre los profesores.

² Hubo dos razones fundamentales que me hicieron entrar en contacto con el mundo religioso y con la iglesia católica. La primera ocurrió cuando yo tenía trece años. Uno de mis mejores amigos del colegio murió en un accidente durante sus vacaciones y desde ese momento (y hasta el día de hoy) comprendí que yo iba a morir algún día y algo mucho peor: que todos mis seres queridos morirán algún día y yo tendría que ver algunas de sus muertes (de hecho, ya he visto muchas en estos últimos años). Y la segunda razón es que estaba enamorado de mi catequista, ella tenía casi mi misma edad.

existía amor entre ellos. Y ella me respondió que sí y que se debería permitir esos matrimonios en la iglesia y que las mujeres fueran sacerdotisas y obispas. Hoy en día, aún la admiro mucho.

El segundo personaje fue un padre jesuita: Alejandro Londoño. El me enseñó toda la “didáctica de los jóvenes”. Este curita, en ese momento, tenía 70 años y era una de las personas más activas e inteligentes que he conocido en mi vida. La actividad de los avisos clasificados la adapté de sus enseñanzas. También me enseñó la diferencia entre juego, actividad y dinámica. Y me enseñó que el mundo necesita de la juventud para que no se enfríe.

Luego me encontré con un cura que cambió mi vida sin darse cuenta. Durante mi corta estadía en el seminario, aprendí algo de filosofía con el doctor Suárez y teología y psicología con los padres formadores. Sin embargo, el suceso que cambió mi proyecto de vida ocurrió una vez en la biblioteca. Un día estaba ojeando unos de los libros que se conservan desde la Colonia y me di cuenta que estaba escrito en latín, así que para entenderlo fui a sacar una gramática de la lengua latina. Cuando llegué con la recepcionista, ella me dijo que ese libro estaba reservado y que no me lo podía prestar. El libro estaba al lado de nosotros, debajo de una gran pila de otros libros. Yo le dije que si lo podía ver y me dijo que sí. Cuando empecé a quitar los libros, descubrí que estaban escritos en otro idioma: el que se encontraba más arriba de la pila estaba escrito en italiano, el siguiente en alemán, el siguiente en inglés, el siguiente en francés, el siguiente en portugués, el siguiente en griego y el último era el que buscaba, el que estaba en latín. Al momento llegó el cura y cogió todos los libros y le dije que si estaba presumiendo y me dijo que no. Entonces yo le dije que me leyera fragmentos para comprobar. Y efectivamente lo hizo el desgraciado. Esa sinfonía de idiomas, de tonos, de acentos, de rimas, cambiaron mi vida. Ahora me dedicaría a los idiomas. Y él me dio una gran lección: todos debemos ser autodidactas. A los seis meses, el maldito (esta es una expresión que uso cuando tengo envidia) aprendió por sí mismo hebreo. Solo para leer el antiguo testamento en su idioma original.

Después de eso ingresé a la Universidad Nacional. Allá me encontré con Ricardo Romero, aunque no me enseñó muchas cosas teóricas me dejó un par de buenas enseñanzas. La primera es que no importa en qué empresa o institución nos encontremos, siempre debemos defender nuestra dignidad de profesionales y personas. Y segundo, que para reconocer cómo es verdaderamente una persona, debemos fijarnos en el trato que les da a sus subalternos.

En ese mismo lugar y durante el pregrado me encontré con la peor profesora que he tenido en mi vida: Claudia Lucía Ordoñez. Ella fue mi profesora de Metodología de la investigación y no nos enseñó nada. Hasta aquí los lectores dirán que esto no la vuelve la peor de todas y es cierto. Lo que la vuelve la peor es el trato que le da a sus estudiantes. Todas las clases nos trataba como basura, pues para ella todos éramos unos ignorantes. Pero no sólo eso..no, no ,no. Lo peor es que nos hacía escarnio público. Un día nos estaba devolviendo nuestro trabajo y en frente de todo el mundo gritó: “¡qué es esta basura de trabajo!, ¡han perdido dos meses de investigación!, ¡no han hecho nada!, ¡eso parece un trabajo de colegio!” Y otras cosas. Obviamente yo no aguanté más. Me levanté de mi silla, la grité y la enfrenté, como nunca he hecho con otra profesora. No sé cómo pasé la materia. Pero el destino me tenía guardada otra sorpresa. Al que no quiere caldo se le dan dos tazas. En la maestría me la volví a encontrar y no había cambiado en lo absoluto. Y lo peor de todo es que en este momento ella es la directora académica de la Universidad Nacional-sede Bogotá. Ella es la jefa de mi jefa y tiene al programa, en el que trabajo, en aprietos.

La lista de los profesores que recuerdo podría extenderse más. Pero ahora es tiempo de la introspección. Recuerdo que cuando me gradué quería cambiar las formas policivas y restrictivas de la docencia. En un primer momento mi meta era ser amigo de mis alumnos: charlaba con ellos fuera del salón de clase, les ponía a todos cinco con tal que fueran juiciosos a clase e incluso salía a tomar

y rumbar con ellos. Pero con el paso del tiempo, algunos de ellos se aprovecharon de esa condición y se convirtieron en unos sinvergüenzas. Un día un alumno costeño, al final del semestre nos invitó a todos a tomar algo y a bailar. Mientras estábamos en el bar le dije que le faltaba por entregarme un taller que le había dejado. Sólo debía presentarlo para pasar la materia, sin embargo, me dijo que: “todo bien profe, me extraña que sea así conmigo. Pásame por alto esa noticia, que no fuera mala gente”. Luego vino algo peor. Los profesores hombres somos muy bobos con las estudiantes niñas que consideramos bonitas. Alguna vez una de ellas me hizo ojitos para que la pasara (¿en cuatro?, la asignatura). Luego me di cuenta de que ese truco ya lo había utilizado con los demás profesores.

Teniendo en cuenta estos eventos y muchos más, concluí que los profesores no podemos ser iguales a nuestros estudiantes. Es decir, que a pesar de que queramos ser sus amigos, ellos siempre van a vernos como una figura de autoridad o por lo menos como un ser que es diferente y alejado de ellos³. Con esto no quiero decir que nos convirtamos en seres sagrados, intocables y alejados del mundo. Solo quiero expresar que por el solo hecho de entrar a un salón y decir que somos profesores, se enciende un juego de roles sociales, impuesto por nuestro sistema educativo, que es muy difícil de derrumbar. Muy pocos de nuestros estudiantes, desinteresadamente, se acercan a nosotros y descubren nuestras demás facetas. Y aquí entra mi última narración.

Creo que los mejores estudiantes que he tenido, los tuve fuera de las instituciones académicas. Cuando era seminarista, anduve por muchos pueblos y veredas de Cundinamarca. La gente del campo es espectacular. Los niños, los jóvenes y los adultos son muy amables y crean una relación tan íntima que a uno le hacen olvidar esos roles de los que he hablado. Las personas iban a mis clases porque querían, nadie los obligaba⁴.

En una de estas clases me encontré con Camilo, un muchacho de mi barrio que estaba formando para ser catequista. Durante dos años fue mi estudiante. Desgraciadamente, no pudo continuar con los estudios porque le descubrieron un tumor en el cerebro. Él batalló contra esta enfermedad durante un par de años, pero finalmente murió hace poco menos de dos años. Tenía 22 años. Creo que él ha sido mi maestro de vida... Durante muchas lunas y cielos estrellados me ha hecho reflexionar sobre mi papel en este mundo. Este acontecimiento me hizo modificar mi “currículo interno”. Ahora, en la última clase de cada semestre, me reúno con mis estudiantes y les digo que toda la cháchara que les di solo es circunstancial. Con el tiempo nuestras teorías se modificarán o se crearán unas nuevas. Y también les digo que deben seguir a su corazón. Que hagan lo que más les gusta en la vida. Que no estudien o trabajen por dinero, sino que lo hagan porque les gusta. Siempre les digo que me encanta la docencia. Algunos me dicen que estoy loco. Yo les digo que no soporto un trabajo de oficina, que prefiero estar peleando cada semestre con chinos pendejos que me quieren hacer trampa a quedarme todas las semanas pegado en un computador o yendo a reuniones. Por eso rechacé hace algunos meses el puesto de decano que me ofreció un cura amigo en otra ciudad. Y a mis estudiantes les pongo la tarea más difícil que me han puesto. Camilo me la puso: “vive como si hoy fuera el último día de tu vida” ...por eso creo que soy un docente mediocre porque aún no he hecho mi tarea.

³ Si no, ¿cuántos de nosotros no hemos tenido la experiencia de encontrarnos con uno de nuestros estudiantes en un centro comercial o en un bar y ver la reacción de sorpresa que ellos tienen cuando constatan que también tenemos vida social y que tenemos derecho de ir de comprar o emborracharnos?

⁴ Infortunadamente, creo que esto no ocurrirá en las instituciones de educación superior pues los estudiantes tienen en mente otras metas; las asignaturas son solo un medio para alcanzar un diploma y luego un trabajo remunerado y prestigioso.

Jairo Alberto Quiñones Calderón
Docente mediocre